

276

Julio Ycaza Tigerino

Pasión por la Belleza y pasión por la Libertad en Juan Montalvo

Discurso pronunciado en Ambato, Ecuador, el 30 de Julio de 1968, ante el mausoleo de Montalvo, en el homenaje rendido al escritor por el V Congreso de Academias de la Lengua Española.

Señores académicos:

Honor es para mi, y muy grande, llevar la palabra oficial en este homenaje que la Asociación de Academias de la Lengua Española ha querido tributar a Don Juan Montalvo en su tierra natal; honor de abrumadora magnitud por la grandeza del egregio escritor objeto de homenaje, por la calidad extraordinaria de la Asamblea reunida hoy aquí para rendírsele, y por la solemnidad de la ocasión que lo hace posible: el Quinto Congreso de Academias de la Lengua Española; y porque honrando a D. Juan Montalvo nos honramos nosotros mismos como académicos, ya que en él, como en ningún otro escritor americano, la lengua adquiere limpieza y esplendor, juntando al lustre antiguo el brillo de la modernidad y a la culta elegancia del "mester de clerecía" la vigorosa elocuencia de nuestra juglaría política.

Figura controvertible y controvertida la de Montalvo por éste su ineludible y sobresaliente carácter político, se alza, sin embargo, por encima de toda controversia, en el terreno literario, como maestro del idioma, dominador de la palabra y señor del pensamiento.

Este doble carácter político y literario propio de muchos ilustres hispanoamericanos, pienso en Sarmiento y en Martí para citar tan sólo a dos de los más altos, se da en Don Juan Montalvo con tal fuerza de simbiosis vital que lo convierte en símbolo extraordinario de nuestra realidad americana.

En Montalvo se extreman las dos grandes pasiones que son cifra y razón, esencia y raíz de la Historia de nuestros pueblos: la pasión por la belleza y la pasión por la libertad.

Ya el Conde de Keyserling, al observar agudamente a los pueblos hispanoame-

ricanos, les asigna la misión de producir una cultura basada exclusivamente en la Belleza. Y el filósofo José Gaos señala como rasgo de los pensadores hispanoamericanos "una fé en la virtud pedagógica de lo estético en lo ético y en lo político, que tiene su formulación más alta acaso en el Ariel de Rodó". Y el arielismo en verdad no es otra cosa que la concepción estética del deber como una armonía.

La vivencia religiosa de los pueblos hispanoamericanos, frente al sentido y valoración éticos de lo religioso español, viene a ser una vivencia fundamentalmente estética. El gusto por lo suntuario y ornamental que está ya en nuestro primitivos amerindios, se hace piedra y color en el barroco americano, que encuentra su más espléndida floración en vuestra magnífica y señorial ciudad de Quito.

Y así, como observa el Maestro Alfonso Caso, mientras en la Historia Moderna la cultura europea derivó de lo religioso a lo científico, los hispanoamericanos hemos derivado hacia lo estético. Pasión de la belleza que en la obra poética de Rubén Darío, obra eminentemente barroca, alcanza quizá su más alta y clara cima:

"Vida, luz y verdad, tal triple llama,
produce la interior llama infinita;
el arte puro como Cristo exclama:
Ego sum lux, et Veritas et Vita."

Y por otra parte la pasión sagrada de la libertad, pero sentida y vivida, por herencia española, como una explosión y realización del más vigoroso individualismo. Tal aparece en América desde los primeros conquistadores que se rebelan contra su Rey, como aquel tremendo Lope de Aguirre, que en 1561 escribe tuteando a Felipe II: "Te aviso Rey español," le dice, y con acento de catilinaria montalvina le echa en cara las crueldades de Oidores, virreyes y gobernadores y le manifiesta que él y sus compañeros se salen de hecho de su obediencia para declararle aquí en América la más cruel guerra que sus fuerzas les consientan. Y luego esta misma irrefrenable pasión en los grandes libertadores como Bolívar, en los guerrilleros nacionalistas como Sandino y en los fieros caudillos de tantos episodios y revoluciones, que han amado y sentido la libertad fundamentalmente como una exigencia de su propia individualidad para su realización en la vida y en la Historia.

La libertad se nos vuelve así paradojal e inalcanzable como conciencia y vivencia colectivas, porque en la exaltación de la libertad individualista de unos está la servidumbre de los demás. Pero seguimos buscando esa libertad, amándola sin comprenderla, y tal vez, por lo mismo, sin merecerla. Y así la inscribimos en nuestros Códigos y Constituciones, en nuestra retórica política y en nuestros programas culturales. "A la libertad por la Cultura", reza el lema de la Universidad Salvadoreña. Y aquí la pasión por la belleza y la pasión por la libertad quieren conjugarse en la labor universitaria. ¿Pero podremos realmente conjugarlas algún día?

Yo pienso que en el contraste y desequilibrio de estas dos grandes pasiones se ha forjado el fracaso de esa Historia nuestra llena de violencias y contradicciones, de anarquías y despotismos, porque en el fiel de la balanza entre la anhelada Belle-

za y la ansiada libertad no hemos sabido colocar la serena pasión por la justicia.

Nadie como Montalvo ilustra mejor con su vida y con su obra este doloroso y trágico desequilibrio de nuestra historia americana.

Su pasión por la belleza le lleva a escribir el español más hermoso y puro que se ha escrito en nuestra América. "Sus largos y lípidos períodos --escribe Rubén Darío en su elogio de la *Mercurial*-- son semejantes a blancos y firmes escalones de mármol por donde se sube a un santuario". Y a la Condesa de Pardo Basán este lenguaje le "parece unas veces esculpido en bronce, otras en terso alabastro, y otras modelado en carne viva".

Con amor de artifice va Montalvo puliendo la frase, agrupando sustantivos como labradas piedras barrocas, concatenando las metáforas en la estructura de los períodos extensos, esgrimiendo las ideas como espadas o como banderas, repujando los conceptos en el rico metal de un vocabulario dúctil, denso y consistente. Al igual que los artistas del barroco quiteño, Montalvo, barroco él mismo en su sentido y expresión vitales, levanta con morosa complacencia su edificio literario acumulando seres, cosas, vida, en su compuesta arquitectura. Cuando escribe sobre alguien o contra alguien, lo esculpe en carne viva con delectación en el detalle. Ignacio Veintimilla es "ese monte de carne echado en la cama, derramándole el cogote a uno y otro lado por fuera del colchón". . . . "barriga descomunal que levanta en curva delinciente a modo de preñez adúltera; manazas de gañán, cerradas aun en sueños, como quienes estuvieran apretando el hurto consumado con amor y felicidad; la uña, cuadrada en su base, ancha como la de Monipodio, pero crecida en punta simbólica". Y la estupenda mestiza Teresa de Jesús Alvinca, del conocido episodio de *Los Siete Tratados*, ¡cómo nos salta a la vista y al tacto casi! porque "los labios, grosezueltos, parecen el botón de la granada, y el seno prominente está echando la camisa afuera dos globos de mármol ligeramente sonrosado! "

¡Pura imaginiería quiteña! Para Ignacio Veintimilla, Montalvo labra el retablo de la ignominia en que este personaje toma la figura de todos y cada uno de los siete vicios, de los siete pecados capitales. Teresa de Jesús Alvinca, en buscado aunque aparente contraste sensual con su homónima la mística de Avila, es como uno de esos carnosos niños de Caspicara.

Esta barroca complacencia en la acumulación de materia para los sentidos es raíz y esencia del *ethos* americano de Montalvo.

El sentimiento americano de la belleza no es, como el de la cultura europea, escape de la realidad, emancipación de la forma de la materia, pura recreación intelectual a través de signos y de símbolos, sino todo lo contrario, vinculación a la naturaleza, al mundo real, integración del hombre en el mundo natural a través de la común materia universal de cosas y de seres. La flora y la fauna americanas que se incorporan a la piedra y madera barrocas por obra de los artistas indígenas, también dan sólida materialidad a la prosa de Montalvo. Por eso Darío dice de él que "la belleza florestal de su lenguaje tiene la savia de América". Y Medardo Vitier en su obra "Del ensayo americano" señala cómo el autor de "Los Siete Tratados" se solaza en la descripción de las cosas, de las mujeres, de las comidas; rechaza todo inten-

to de definición intelectual de la Belleza y se acerca a ella directamente palpándola en los seres mismos en que se encuentra; llega a la esencia de las cosas por la comunión con las cosas mismas y no por abstracción intelectual.

El hombre americano no asume la belleza fundamentalmente a través de un acto intelectual, sino que la siente radicalmente con todo su ser, con la pasión de un alma que es "sentimental, sensible y sensitiva", según el verso de Rubén. "Se juzgó mármol y era carne viva".

En la prosa de Montalvo el alma del escritor está así en "carne viva" sintiendo y viviendo, a través de todos sus poros, la pasión de la belleza. Y también la pasión de la libertad.

Pero si la pasión de la belleza sólo puede herir a los demás como el rayo luminoso que encanta o que deslumbra, la pasión de la libertad puede quemarlos con el fuego que abrasa y que destruye.

Y Montalvo tuvo el rayo de luz que encanta y el fuego abrasador que aniquila, y los manejó alternativa y conjuntamente con insuperable maestría.

La Historia ha comprobado que no fué baladronada la frase famosa de Montalvo cuando al enterarse de la muerte de García Moreno por mano de un grupo de conjurados exclamó: "Mi pluma lo mató". Aquellos jóvenes exaltados se juramentaron para el crimen después de leer el formidable panfleto "La dictadura perpetua" del exilado de Ipiates.

Pero toda polémica política alrededor de las figuras de García Moreno y de Montalvo carece de sentido si se observa la Historia con el ojo acucioso y sereno del filósofo y del sociólogo y no desde el punto de vista cómodo y superficial del encasillamiento ideológico. Ambas señeras personalidades son expresión vital de una misma realidad americana. A la luz de esta realidad indiscutible la raíz del conflicto aparece centrada en el despliegue vital del individualismo, común denominador hispanoamericano de ambos contendientes, desatado en la trágica circunstancia de desajuste étnico y social de nuestras nacionalidades. Bajo el signo de un cerrado conservadurismo o de un liberalismo revolucionario, la exacerbación de este individualismo hispanoamericano se resuelve siempre en despotismo.

García Moreno hizo honor a la pasión americana por la libertad combatiendo con ardor la dictadura de Juan José Flores, antes que a Montalvo le tocara a su vez combatir la dictadura del propio García Moreno en función de esa misma pasión por la libertad.

Y si las circunstancias históricas hubieran llevado a Montalvo al Poder, yo me pregunto: ¿no habría tal vez la Historia contemplado a Gabriel García Moreno combatiendo la dictadura liberal de Juan Montalvo? Y no es que quiera poner en duda ni por un momento la fé democrática de Montalvo ni la sinceridad de su ardiente pasión por la libertad, sino que trato de encontrar la explicación de un fenómeno complejo de nuestra Historia en el que la voluntad y buena fé de los hombres que en él intervienen parecen someterse a los resortes más profundos y secretos que están en las raíces étnicas e históricas del hombre americano y que mueven el alma colectiva de estos pueblos, sin que con ello quiera auspiciar ningún tipo de determinis

mo histórico ni filosófico, sino tan sólo reconocer la influencia poderosa de realidades psicológicas, somáticas y ambientales que escapan frecuentemente a todo control racional individual.

Un estudio de la sicología de Montalvo arrojaría mucha luz en esta valoración objetiva del fenómeno político-literario de que fué protagonista principal.

En el panfleto "El antropófago", publicado en Bogotá en 1872, Montalvo escribió estas tremendas palabras: "Señor, dame corazón para perdonar a mis enemigos y concédeme la gracia de verlos ahorcados algún día". Palabras reveladoras de una fasceta de su personalidad que aflora involuntariamente a su pluma en contradicción con su apasionada defensa de la libertad. Por eso nuestro ilustre colega académico D. Isaac J. Barrera ha podido señalar agudamente que "Montalvo tampoco tenía medida en el despotismo ejercido por su pluma". ¿Cómo entender de otro modo la palmaria contradicción del genial autor de "Las Catilinarias" al condenar por un lado el despotismo de Veintimilla y exaltar por otro la figura del déspota guatemalteco Justo Rufino Barrios, uno de los más brutales tiranos de la Historia de Centroamérica y de todo el Continente?

Y sin embargo, nada de ésto puede menguar la gloria ni el genio de Montalvo, que están por encima de toda polémica y de toda limitación política.

No reside la genialidad de Montalvo en el hecho de combatir tal o cual dictadura de su Patria, como no consiste la grandeza de D. Quijote en arremeter contra los molinos de viento, sino en el espíritu mismo que movía la lanza del manchego y la pluma del ecuatoriano, en la alta pasión por la belleza y por la libertad que encendía el alma de ambos eximios lidiadores.

Francisco García Calderón escribió de Montalvo que 'hubiera sido el tipo más completo de humanista en el nuevo mundo latino si su espíritu inquieto no hubiese cedido a las sollicitaciones de la política'. ¿Pero podemos concebir a un Montalvo sin ira ni rebeldía? Tal humanista podría ser D. Andrés Bello, pero jamás D. Juan Montalvo.

En el fuego de la lucha política la pluma de Montalvo se templó como un acero formidable. Estoy con Rubén Darío cuando elogia el lenguaje de la Mercurial Eclesiástica y nos dice que "su huracán es de la Pampa, y su tempestad del trópico". Estoy con Unamuno que en el prólogo de "Las Catilinarias" declara que al leerlas, "iba saltando líneas, iba desechando literatura erudita, iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos ¡sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa y Montalvo".

El lenguaje de Montalvo se forjó en la fragua de esta batalla permanente, en esta tensión del espíritu que lo obligaba al esfuerzo constante del escritor para buscar nuevas palabras e imágenes precisas como dardos que dieran en el blanco hiriendo con la fuerza de su belleza sin caer al suelo de lo vulgar y lo pedestre.

Por eso el autor de "Los Siete Tratados" ejerció en las nuevas generaciones literarias de su época un alto magisterio. Si él incendió la mente de la juventud ecuatoriana y desde su destierro dirigió el brazo vengador que alcanzó a Gabriel García Moreno, también inspiró a los grandes poetas y escritores como Darío y les dió mag-

nífica lección de lengua y pensamiento.

De Montalvo aprendió Rubén el empleo del sutil arcaísmo y de la metáfora novedosa aunque sin imitar su estilo inimitable, porque como expresó en las "Palabras liminares" de Prosas Profanas, citando a Ricardo Wagner, "Lo primero no imitar a nadie", y rechazando a sus posibles imitadores afirmó: "mi literatura es mía en mí".

Pero, sobre todo en los primeros años juveniles, Rubén fué contagiado de la pasión libertaria de Montalvo. El mismo lo confiesa en su "Autobiografía" refiriéndose a los "artículos de combate" que se le hacía escribir en el Semanario "La Verdad", y que redactaba, según sus propias palabras, "a la manera de un escritor ecuatoriano, famoso, violento, castizo e ilustre, llamado Juan Montalvo". Cuatro adjetivos que retratan la imborrable personalidad del autor de "Las Catilinarias", cuya huella en la obra del genial nicaragüense es también notoria e imborrable.

A Montalvo rindió Darío su ferviente admiración en verso y prosa. Planteó polémica en defensa del controvertido ecuatoriano y le dedicó una famosa y larga "Epístola" en que canta la gloria de su genio:

"admiración de la cansada Europa
y orgullo de la América: tu madre".

Y como cantó Rubén, la gloria de Montalvo es gloria del arte, de ese arte "todo luz", "claridad como encendida por la mano de Dios". A esa celeste claridad se remontó Montalvo, cóndor andino, con las dos alas que le diera su humanidad americana: la pasión por la belleza y la pasión por la libertad.

Las Academias de la Lengua Española tienen con Montalvo una deuda impagable. Al gran ecuatoriano le fué negado en su tiempo el ingreso al cenáculo de los hombres encargados de velar por la unidad y esplendor de la lengua de Cervantes.

Permitidme que hoy, en un gesto simbólico, en nombre de las Academias aquí presentes trate de enmendar esa injusticia por encima del tiempo y de la muerte, declarándolo miembro eximio de todas ellas, maestro perpetuo de académicos y Príncipe de la Lengua. Que su orgullosa ciudad natal recoja complacida este homenaje del Quinto Congreso de Academias de la Lengua Española, y lo coloque sobre su tumba como una corona inmarcesible que acreciente su gloria en la inmortalidad.

